

radis que le habían sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y por que la intención del moro coronista no fué tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro della, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra sino el nombre de los lugares que se rindieron, tomada la ciudad de Velez-Málaga, que son estos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la villa del Cestillo, Guadalta, Jaráz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lúcas, Jaranca, Alméjia, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicorán, Cafis, Buenas, Alboraba, Alcuchavia, Alhitán, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Albomaila, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beiros, Sinarax, Hajar, Corterroyas, Alhacaquel Almería, Aprina, Aletín.

Estos lugares de Alpujarra se dieron á los Reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demás lugares se habían perdido. Pues vengamos ahora al propósito: después de haber rendido á Velez-Málaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento, y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix, sabido este negocio, lo sintieron mucho, y los alfaquiles le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo deste socorro de su tío, y mandó juntar mucha gente de á pié y de á caballo, y fué Muza por capitán dellos para que les impidiese el paso, y los desbaratase; y así lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demás huyeron volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey don Fernando todo lo que había pasado con los moros de Guadix que iban al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el Rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente; y el rey Chico envió al rey don Fernando un presente de caballos, muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides frontereros de Granada y sus lugares, le diesen favor al rey Chico contra su tío, y que no hiciesen mal ni daño á los moros, ni tratantes de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey don Fernando, que tenía noticia como los moros de Málaga no tenían bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirían sin falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fué ganada Málaga y su distrito; y puesta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los Reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decía así:

«Muy poderosos señores: los dias pasados hicimos saber á vuestras Majestades los caballeros Alabeces, Gazules, Almoradines, y otros muchos desta ciudad de Granada, que somos de un bando del cual es también Muza, cómo queríamos ser cristianos, y entregar este reino á vuestras reales personas; y pues se ha dado fin glorioso á las cosas del Andalucía, se puede empezar la conquista deste reino por la parte de Murcia, que es cierto que los alcaides de las fronteras y del rio de Almanzor se entregarán luego sin defenderse, porque así está tratado entre nosotros; y siendo ganada Almería y su rio, que es el mas dificultoso, y Baza, se puede cercar á Granada; que te damos fe, como caballeros, de hacer tanto en tu servicio, que Granada se entregue á pesar de todos los que en ella viven. Muza en nombre de los vasallos arriba contenidos besa vuestras reales manos etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fué enviada al rey don Fernando, el cual cómo entendió las razones y viendo cómo los caba-

lleros Abencerrajes que andaban en su servicio procedían tan bien como lo habían escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo cortes; y con el grande deseo que tenía de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fué discurrido cómo había de entrar por la parte de Vera y Almería; y resuelto en lo que había de hacer, se fué á la villa de Lorca para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey don Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecían, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linaje, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcárceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eustreros, Andosillas, Loaisas, Infrentes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Vilos, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaro, Vorias, Peñaveleros, Escamóz, Dotos y Rosales, Jereces, Gomez, Mulas, Darines, Alburquerque, Loritas, Ponces de Leon; otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Gildranes, Rosiquies, Tomases, Tizonas, Paganes, Cernales, Alemanes, Rodas, Píneros, Hurtados. De la villa de Mula, Jerez de Avila y Gítar, Leivas, Correllas, Mazas, Melgarez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Perez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Píneros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente, destes lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijos-dalgo en servicio del rey don Fernando contra los moros del reino de Granada, y otros muchos que no se refieren por evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa Maria una custodia de oro, y una cruz de cristal guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabéz, que murió preso en Lorca. Llamábase también Alabéz, no menos valiente que el otro, el cual como supo la venida del rey don Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por cartas. Y así llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabéz á recibirle, y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó della, y puso otro alcaide, y á Alabéz hizo muchas mercedes. No había sino seis dias que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guéscar, Velez el Blanco, Turbe, Mojacar, Uleyla del campo, Cuerbro, Tabernas, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huéscar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanabéz, Inmeytin, Ventiagla, Velez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purjena, Cullar, Benamantel, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin estos, otros muchos lugares del rio de Almanzor.

Los tres Alabeces suplicaron al Católico Rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabéz, alcaide de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio; y Alabéz, alcaide de Velez el Blanco. El rey se holgó mucho dello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fué padrino don Juan Chacon, adelantado de Murcia, y del alcaide de Velez el Rubio lo fué un principal caballero llamado don Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad. Este Avalos fué alcaide de la villa de Cuellar, y él y otros caballeros naturales de la villa de

Mula, llamados Perez de Hita, pelearon con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuellar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, coronista del rey don Fernando. Del nombre deste alcaide Avalos se llamó el alcaide de Velez el Rubio don Pedro de Avalos, á quien el rey don Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas y tener oficios nobles en la república. Del alcaide de Velez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fué padrino un caballero llamado don Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy dia deudos, en especial de Avalos. Desta suerte se iban tornando cristianos algunos de los mas principales alcaides destes lugares, entregándosele sin pensar.

Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento, y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habían dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa, ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos, que se estuviesen. Con esto el rey fué á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partióse de Almería el rey, dejando el cerco para después; y asimismo lo hizo en Baza, después de haber bien reconocido y visto donde podía poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos dellos; allí hizo don Juan Chacon cosas memorables. Levantóse el real, y fué á Huéscar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fué á Caravaca á adorar la santa cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina doña Isabel, y descansó aquel año.

En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habían dado; pero el rey don Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey don Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada, mas este no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey della no quiso dar favor á los de Baza, decían que los cristianos ganaban el reino, y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho; y así se salían muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico, enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa dellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey don Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó á Africa. Así como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al Rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y así será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey della.

Ya dijimos cómo fué prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles don Diego Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, y por el conde de Cabra; y cómo el rey don Fernando le dió libertad, con condición que el moro le había de dar cierto tributo. Otrosi: entre estos dos reyes fué concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería, y todo lo demás del reino, el rey Chico le había de entregar al rey don Fernando la ciudad de Granada y Alhambra, con el Alcázaba y Albaicin, Torres-Bermejas y castillo de Bibatambien, con todas las demás fuerzas de la ciudad; y que el rey don Fernando le había de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estoviese; para que con las rentas dellos

viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demás, luego envió sus mensajeros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas della, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho; que aquella ciudad era muy grande y populosa, y llena de gente, naturales y extranjeros, de los que habían escapado de todas las ciudades ganadas, y que había diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella; y que aunque los cristianos se apoderasen de la ciudad, que no la podían sojuzgar: por tanto, que su Alteza pidiese dobladas parias y tributo, que le pagaría, y que no le pidiese á Granada, que no se la podía dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey don Fernando, en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle que tenía determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decía que la ciudad de Granada no podía ser sojuzgada, que él se avendría con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaría con facilidad; y que si no le entregaba la ciudad le harían cruel guerra.

Turbado el moro de la resolución del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegries decían que no hiciese tal, ni por imaginación, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces, que determinaban ser cristianos, decían que el rey don Fernando pedía justicia, pues estaba así concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey don Fernando les había dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la había quebrado. Los Almoradines decían que no convenia darle al rey don Fernando nada de lo que pedía; que si él había dado lugar á los moros para cultivar sus labores, también ellos no habían corrido los campos de las fronteras; que también ellos gozaban de aquella paz y concierto, y así como los moros, y mejor. Toda la demás gente de guerra fué deste parecer, y le fué respondido al Rey Católico que no había lugar á lo que pedía. Vista la respuesta del rey moro, y que venían á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey don Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente; y así se fué á Segovia á invernar.

CAPITULO XVII.

En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundación de Santa Fe.

El verano siguiente vino el rey don Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña que tenían los moros en aprieto. Hecho esto, se fué á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada y destruyó todo el valle de Alhendin, y mataron los cristianos muchos moros y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegries á manos de los cristianos Abencerrajes, y un Zegri escapó huyendo á darle esta mala nueva al rey moro. El rey don Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadron formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por

divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegri al rey se hizo este romance :

Mensajeros han entrado
Al rey chico de Granada,
Entran por la puerta Elvira,
Y paran en el Alhambra.
Ese que primero llega
Mahoma Zegri se llama,
Herido viene en un brazo
De una muy mala lanzada.
Y así como hubo llegado,
Desta manera le habla,
Con el rostro demudado
De color muy fria y blanca :
« Nuevas te traigo, señor,
Y una muy mala embajada.
Por ese fresco Jenil
Mucha gente viene armada :
Sus banderas traen tendidas,
Puestas á son de batalla,
Un estandarte dorado
En el cual viene bordada
Una muy hermosa cruz,
Que mas relumbra que plata,
Y un Cristo crucificado
Traia por cada banda.
El general desta gente

El rey Fernando se llama :
Todos hacen juramento
En la imagen figurada,
De no salir de la Vega
Hasta rendir á Granada.
Y con esta gente viene
Una reina muy preclada,
Llamada doña Isabel,
De grande nobleza y fama.
Veime aquí, herido vengo
Ahora de una batalla,
Que entre cristianos y moros
En la Vega fué trabada.
Treinta Zegris quedan muertos,
Pasados por el espada.
De cristianos Benecerrajes
Con braveza no pensada.
Perdóname por Dios, rey,
Que no puedo dar el habla,
Que me siento desmayado
De la sangre que me falta.
Estas palabras diciendo
El Zegri, allí se desmaya :
Desto quedó triste el rey,
Que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra manera ; y porque no se le hace agravio al que le compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice así :

Al rey chico de Granada
Mensajeros lo han entrado ;
Entran por la puerta Elvira
Y en el Alhambra han parado.
Este que primero llega
Es un Zegri muy nombrado,
Con una marlota negra,
Señal de luto mostrano,
Las rodillas por el suelo,
Desta manera ha hablado :
« Nuevas te traigo, señor,
De dolor en sumo grado.
Por ese fresco Jenil
Un campo viene marchando,
Todo de lucida gente,
Sus armas van relumbrando.
Las banderas van tendidas,
Y un estandarte dorado :
El general de esta gente
Es el invitado Fernando.
En el estandarte trae
Un Cristo crucificado ;

Todos hacen juramento
Morir por el figurado,
Y no salir de la Vega,
Ni volver atrás un paso,
Hasta ganar á Granada
Y tenerla á su mandado.
Y también viene la reina,
Mujer del rey don Fernando,
La cual tiene tanto esfuerzo
Que anima á cualquier soldado.
Yo vengo herido, buen rey,
Un brazo tengo pasado,
Y un escudador de tus moros
Ha sido desbaratado.
Todo el campo de Alhendin
Queda roto y saqueado.
Estas palabras diciendo
Cayó el Zegri desmayado.
Mucho lo siente el rey moro ;
Del gran dolor ha llorado ;
Al Zegri quitan de allí
Y á su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando á lo que hace al caso de nuestra historia, el rey don Fernando asentó su real y le fortificó con muy gran discrecion, y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz ; el cual tenia cuatro puertas, y todas se veian estando en medio de las cuatro calles. Hizóse esta poblacion entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel á su cargo. Fué cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecia una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada ; siendo una cosa muy de ver, que no parecia sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro dia por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey don Fernando, como vió acabado aquel lugar, y con tan gran perfeccion, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fe ; y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy día goza. Y porque esta ciudad se hizo desta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así :

Cercada está Santa Fe.
Con mucho lienzo encerado,
Al derredor muchas tiendas
De seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes,
Que lleva el rey don Fernando.
Todos de valor crecido,
Como ya lo habreis notado
En la guerra que se ha hecho
En el granadino estado.
Cuando á las nueve del dia
Un moro se ha demostrado
Sobre un caballo negro
De blancas manchas manchado.
Cortados ambos hocicos,
Porque le tiene enseñado
El moro, que con sus dientes
Despedace á los cristianos.
El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado ;

Debojo de esta librea
Traia un muy fuerte jaco ;
Una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Una adarga hecha en Fez
De un ante rico estremado.
Aqueste perro con befa
En la cola del caballo
La sagrada Ave Maria.
Llevaba haciendo escarnio.
Llegando junto á las tiendas
Desta manera ha hablado :
« ¿ Cual será aquel caballero,
Que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste campo ?
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres, ó salgan cuatro :
El alcaide de los Donceles
Salga, que es hombre afamado
Salga ese conde de Cibra,
En guerra experimentado ;

Salga Gonzalo Fernandez,
Que es en Córdoba nombrado ;
O si no Martin Galindo,
Que es valeroso soldado ;
Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado,
O el bravo don Manuel
Ponce de Leon llamado,
Aquel que sacara el guante
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él lo sacó muy osado.
Y si no salen aquestos,
Salga el mismo rey Fernando,
Que le dare á entender
Si tengo valor sobrado.
Los caballeros del rey
Todos están escuchando ;
Cada uno pretendia
Salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
Mozo gallardo esforzado ;
Licencia le pide al rey
Para salir al pagano.
« Garcilaso, sois muy moro
Para emprender este caso ;
Otros hoy en el real
A quien poder encargarlo.
Garcilaso se despidió
Muy confuso y enojado,
Por no tener la licencia
Que al rey le habia demandado ;
Pero muy seguramente
Garcilaso se habia armado,
Y en un caballo morcillo
Salldose habia al campo.
Nadie le ha conocido,
Porque sale disfrazado ;
Fuése donde estaba el moro,
Y de esta suerte le ha hablado :
« Ahora verás tú, moro,
Si tiene el rey don Fernando
Caballeros valerosos
Que salgan contigo al campo.
Yo soy el menor de todos,
Y vengo por su mandado.
El moro cuando le vido

Como dice el romance, el rey y la reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el rey le mandó poner en sus armas las letras del *Ave Maria*, con justa razon, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salian á tener escaramuzas con los cristianos en la Vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrajes cristianos suplicaron al rey que les diese licencia para hacer un desafio con los Zegries. El rey conociendo su bondad y valor se le otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafio, los moros Zegries salieron fuera de la ciudad. El desafio se hizo de cincuenta á cincuenta ; y no muy lejos vinieron los Zegries muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrajes salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color ; en sus adargas su acostumbrada divisa, salvajes que desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacia un salvaje con un baston. Desta forma salió también el valeroso alcaide de los Donceles, y llegándose los unos á los otros, uno de los caballeros Abencerrajes les dijo á los Zegries : « hoy ha de ser el dia, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debeis, causa de vuestra malicia y envidia. » A lo cual replicaron los Zegries, que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto, se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el rey de ver, y todos los demás del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas ; tanto, que fué parte su bondad para que los Zegries fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demás puestos en huida. Los Abencerrajes los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso á los Zegries en grande quebranto, y al mismo rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido.

Otro dia siguiente la reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres ; y así, acom-

En poco le habla estimado.
Y díjole desta suerte :
« Yo no estoy acostumbrado
A hacer batalla campal
Sino con hombres barbados.
Vuélvete, rapaz, le dice,
Y venga el mas estimado.
Garcilaso se enojó,
Puso piernas al caballo,
Arremete para el moro,
Y un grande encuentro le ha dado.
El moro que esto vido,
Revelte así como un rayo ;
Comienzan la escaramuza
Con un furor muy sobrado ;
Garcilaso, aunque era mozo,
Muy gran valor ha mostrado.
Dióle al moro una lanzada
Que el pecho le ha atravesado.
Y el moro cayera muerto ;
Tendido le habia en el campo.
Garcilaso con presteza
Del caballo se ha apeado ;
Cortárale la cabeza,
Y en el arzon la ha colgado.
Quitóle el *Ave Maria*
De la cola del caballo,
E hincando ambas rodillas
Con devocion la ha besado.
Y en la punta de la lanza
Por bandera la ha colgado ;
Subió en su caballo luego,
Y el del moro habia tomado.
Cargado de estos despojos
Al real se habia tornado,
Donde están todos los grandes,
También el rey don Fernando.
Todos tienen en grandeza
Aquel hecho señalado ;
También el rey y la reina
Mucho se han maravillado,
Por ser Garcilaso mozo,
Y haber hecho un tan gran caso :
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

pañada del rey y de los grandes, y gente de guerra, se fué á un lugar llamado la Zubia, que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra ; miraba los labrados y costosos olivares ; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcazaba y Albaicin, con todas las demás torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro, y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel dia no hubiese escaramuza, mas no se pudo escusar ; por que sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darla pesadumbre ; y así salieron de Granada mas de mil moros, y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco á poco, y se acabó muy de veras y á gran priesa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron mas de cuatrocientos dellos, y cautivaron mas de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma. Este dia mataron á casi todos los Zegries ; también esta pérdida sintió el rey de Granada, porque fué mucha. La reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto á Granada y su asiento.

En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la reina Sultana ; y como entraron en Granada con ellas, y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habían habido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos las habían hallado en lo mas espeso del Soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habían hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la reina Sultana, y fué él también allá, y mostrando las marlotas á la reina, dijo : « Señora, ¿ no son estas las propias marlotas de los caballeros que os libraron de la muerte ? » La reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran. « Pues ¿ qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las hayan hallado ? — No sé qué pueda ser, dijo la reina. » Luego sospecharon que los Zegries y Gomeles los habían muerto, y que no podia ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba á los Alabeces y Venegas, Aldoradines y Almoradis, los cuales por aquel respecto trataron mal de palabras á los Zegries que quedaban, y á los Gomeles y Mazas : estos, como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendian su partido, y sobre ello se revolvió entre dichos linajes de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada, que harto tuvo el rey y los alfaquies que apaciguar, y decian los alfaquies : « ¿ qué haceis, caballeros de Granada ? ¿ Por qué volveis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos á las puertas de la ciudad ? Mirad que lo que ellos habian de hacer, haceis vosotros. Mirad que nos perdemos, y no es tiempo de andar en divisiones. » Tan buenas razones dijeron los alfaquies, y tanto hizo el rey y otros caballeros, que todo este escándalo fué apaciguado con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas, y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendian, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al rey don Fernando ; y un dia estando á solas con el rey su hermano, le habló desta manera :

« Muy mal lo has mirado, hermano Abdali, en haber quebrado la palabra que le diste al rey cristiano, y no es trato de rey faltar en lo que propone. Veamos ahora cómo te puedes conservar en esta ciudad, que te ha quedado sola de tu reino. Bastimentos van faltando, puesta en division,

no olvidados los reñcores contra tí por la muerte de los Abencerrajes, por su destierro tan sin ocasion, y por la deshonra que hiciste á tu mujer la reina, que aunque fué bien vengada, los Almoradis y Marines sus parientes te tienen un odio mortal : no quisiste recibir jamás de mi ningun consejo, que si lo admitieras, no vieras al estado miserable en que estás puesto, no teniendo socorro ninguno para resistir la pujanza grande del rey cristiano. Y así, ¿ qué determinas hacer ? ¿ No hablas ? Por qué no me respondes ? De mi voto, si no te quieres perder de todo punto, entrega al rey don Fernando esta ciudad, pues que te da en qué y con qué vivas tú y tus siervos. No le indignes mas : cumple la palabra con voluntad, si no quieres que á tu pesar te la haga cumplir. Advértote que están determinados los mas principales caballeros de Granada de irse á servir al Rey Católico, ó darte muy cruel guerra ; y si quieres saber quién son, has de saber que los Alabeces y Gazules, Aldoradines y Venegas, Azarques y Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tú conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser cristianos y servir al rey don Fernando. Por tanto, consuélate, y mira que si estos que te digo te faltan, ¿ qué harás aunque sea en tu favor todo lo restante de la ciudad ? Porque todos estos quieren guardar sus haciendas, y no quieren ver su amada patria destruida y saqueada, ni sus reales banderas y estandartes rotos con violencia no vista, y ellos esclavos, divididos por diversas partes de los reinos de Castilla. Muévete á hacer lo que te digo : mira con cuánta piedad y misericordia el rey don Fernando ha tratado á los pueblos del reino, dejándoles vivir con libertad en sus propias casas y haciendas, pagando lo mismo que á tí te pagaban, y que traigan sus ropas y vestidos, y hablen la lengua y vivan en su ley. »

Muy admirado y confuso se halló el rey con las razones que su hermano Muza decia, y con la libertad con que le hablaba ; y dando un doloroso suspiro, viendo que de todo punto le convenia dar su ciudad bella, porque no tenia reparo de hacer otra cosa ; considerando que todos los caballeros querian ser de la parte del Rey Católico, y su mismo hermano con ellos ; y considerando que si no entregaba la ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, así de robos como de forzar á las doncellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las ciudades que rinden, le dijo á su hermano que estaba de parecer de darle ayuda y ponerse en las manos del rey don Fernando. Y para la ejecucion dello le dijo á Muza que llamase y juntase todos los caballeros y linajes que estaban de aquel parecer, lo cual hizo luego el capitán Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darian al victorioso rey don Fernando á Granada. Todos los que estaban allí, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, Azarques, Alarifes y otros muchos caballeros deste bando dijeron que la ciudad se entregase ; mandando luego tocar sus trompetas y añafles, al cual son se juntaron todos los caballeros, y cuando el rey chico los vió juntos, les contó lo que estaba tratado entre él y su hermano, que por dolerse de la ciudad y no verla por el suelo, se la queria entregar al rey cristiano.

En la ciudad alborotada por esto daban diferentes votos unos de otros : los unos decian que no se diese la ciudad ; otros que sí, porque era bien para toda la ciudad ; otros decian que anduviese la guerra, y que les vendria socorro de Africa ; otros que no vendria. En estos dares y tomases estuvieron treinta dias, al cabo de los cuales fué entre todos determinado de dar la ciudad, y ponerse á la misericordia del rey don Fernando ; con condicion que todos los que quisiesen vivir en su ley quedasen con sus haciendas, trajes y lenguaje, así como habian quedado todas las demás ciudades, villas y lugares que al rey cristiano se le habian entregado. Acordado esto desta manera, fueron á hablar al rey don Fernando sobre ello, y los